

## RESSENYES

doi: 10.1344/Svmma2015.6.6

**DI CARPEGNA FALCONIERI, Tommaso, 2015. *El presente medieval. Bárbaros y cruzados en la política actual*, Barcelona: Icaria editorial.**

La obra ha conocido sendas traducciones al castellano y al francés, ambas durante el 2015 y testimonio de su relevancia. La primera ha ido acompañada de una revisión bibliográfica exhaustiva y con nuevos ejemplos de la manipulación política del legado medieval y de su interpretación medievalista, aunque la literalidad y exactitud del título original italiano – *medioevo militante* – se ha visto alterada con el castellano *el presente medieval* y el francés *médiéval et militant* y, aunque la obra no pierda interés por ello, no hay justificación para dicho cambio. La clave de la obra reside en la magistral exposición de cómo la reconstrucción postmedieval del medioevo, entendida tanto desde su acepción estrictamente cronológica como desde su vertiente filosófica, a saber, la de la negación de la modernidad y la afirmación de la futilidad de la noción de progreso, se encuentra enraizada en un proceso de raíces decimonónicas, burguesas y románticas y se capitaliza para construir discursos políticos legitimadores, cuya influencia y poder de convocatoria se hacen sentir desde la izquierda más radical hasta el neo nazismo, sólo por mencionar los dos casos más estridentes en su radicalidad, y se aplican desde el proceso de la unidad europea hasta la guerra contra el terrorismo.

Desentrañar los entresijos de dicho proceso exige una inmersión profunda en los recovecos de una actualidad muy compleja, tan globalizada como fragmentaria y dramáticamente militante, expuesta con claridad meridiana y atendiendo a sus contradicciones internas, que el autor aborda con objetividad, desapasionamiento y una vasta erudición, aunque, para fortuna del medievalismo y de quienes se acerquen a la obra, el autor no deja de mostrar su posición con una elegancia y equilibrio inusuales, como cuando señala que la política de la administración Bush contra el terrorismo responde, pese a vestirse de cruzada, a patrones propios de la represión nazi y fascista contra los partisanos en la Segunda Guerra Mundial – p. 55 - ; o como cuando se refiere, en un estilo sobrecogedor por su contención, testimonio de la calidad literaria de la obra, a los crímenes del autodenominado templario Breivik, ejemplo hiriente de hasta donde puede llegar la militancia que se justifica o se mira en el espejo de la Edad Media, real o metafórica – p. 68 -, y cuando, para cerrar esta breve enumeración, incide en la contradicción flagrante que reside en la canonización por Benedicto XVI de Nuno de Santa María Alvares Pereira (1360-1431), vencedor de Aljubarrota (1385) – pp. 227-230 -. *Medioevo militante* y poliédrico: en esta obra no sólo se acude al análisis de discursos de construcción de legitimidad, sino también se tiene en cuenta la ambivalencia del medievalismo y de la cultura medieval para crear imágenes y discursos que pueden ser concebidos como complementarios, pero también como radicalmente opuestos.

En este sentido, cabe señalar como la Lega Nord, secesionista, reaccionaria y postmoderna, y el Risorgimento, unificador, romántico y burgués, participan ambos del mismo estereotipado acervo decimonónico sobre la Edad Media - p. 254 -, mientras que la ficción de J.R.R. Tolkien constituye un ejemplo de cómo una obra literaria de ambientación medieval puede sustentar visiones radicalmente opuestas acerca de su interpretación – pp. 99-100 -, o como esta misma obra puede ser de obligada lectura y constante referencia de públicos de idearios irreconciliables, cuestión por la que las referencias a la obra de Tolkien abundan en esta obra y constituyen una prueba de la meticulosidad, oficio y escrupulosidad de su autor. Uno de las consecuencias de este proceso rabiosamente actual de militancia política de raíz medievalista es el profundo y, aparentemente, insalvable divorcio entre la medievalística, entendida como el estudio científico de la época medieval, que por necesidad ha de renovarse constantemente y que está sujeto a crítica y cambio como condición *sine qua non* de su propia existencia y de su coherencia, y el medievalismo, entendido como el conjunto de ideas, creencias, imágenes, conceptos y opiniones que el público no erudito y no especializado tiene de la época medieval.

Este medievalismo, originario de la lectura romántica y burguesa de la Edad Media, fundamentado en la aproximación científica de los medievalistas y estudiosos del siglo XIX, ha acabado nutriendo el imaginario colectivo y las ideas que en el gran público evoca el binomio Edad Media, tanto si dependen de una elaboración profesional y académica de la medievalística actual, que no es el caso, como si tienen su origen en la visión que poetas, literatos, artistas, filósofos, semiólogos y ensayistas, fruto de una interpretación que, aunque quede enmarcada en un contexto medieval, no corresponde a la visión de la medievalística. A saber, y por paradójico que pueda parecer, el conocimiento de la Edad Media a nivel general es el de la construcción medievalista, hasta el punto que se puede comprender el aforismo de que “en resumen, mientras la Edad Media ya terminó, el medievalismo triunfa” – p. 61 -, a la vez que la Edad Media acabe transformándose en un marco mítico y atemporal, que nutre de paradigmas la dialéctica de la palestra política, los discursos de la construcción identitaria y el imaginario de las sociedades occidentales. La edición de la obra, que cuenta con un índice analítico que ayuda a la consulta específica de autores, se haría más asequible si el aparato crítico a final de capítulo fuera sustituido por uno a pie de página, que facilitaría la consulta del abanico de recursos invertidos en la redacción de *Medioevo militante*, a la vez que recomendaría la integración de las referencias de internet en el marco de las referencias impresas. No se me ocurre razón específica para recomendar este libro: de hecho, se trata de una obra cuya lectura es obligatoria y altamente provechosa desde cualquiera de las numerosas perspectivas abordadas por el doctor Di Carpegna Falconieri.

XAVIER BALLESTÍN

**TERÉS, M. Rosa, VICENS Teresa, 2015. *Violant de Bar i Maria de Castella: promoció espiritual i mecenatge/ Violant de Bar and Maria de Castella: Spiritual Promotion and Artistic Patronage, Lliçons/Lesons 6, Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.***

Este pequeño libro, el sexto de la colección Lliçons/Lesons, es como su nombre indica una lección magistral. En él se recoge la ponencia de clausura que Rosa Terés y Teresa Vicens impartieron en las *7nes Jornades de Cultures Medievales* del IRCVM. Bajo el título “La Ciutat de les dones. El món monàstic femení i el seu impacte en la construcció de la Barcelona Medieval”. Estas Jornadas reunieron en primavera de 2012 a especialistas de Historia e Historia del Arte medieval para debatir sobre el peso de las mujeres y de la espiritualidad femenina en la transformación del mundo urbano y en especial de la ciudad de Barcelona. En este contexto ambas autoras presentaron sus más recientes investigaciones sobre el tema.

Expertas ambas en arte gótico catalán y en mecenazgo real, las autoras abordan su análisis en esta “lección” desde perspectivas punteras en la reciente historiografía dedicada a los estudios medievales: la reginalidad, el papel de la promoción y patronazgo espiritual femenino y el estudio del objeto en su contexto, en este caso el de las obras de arte en relación a los circuitos de circulación, a los espacios de ubicación y al uso al que estuvieron destinadas.

El libro se centra en la figura de dos grandes reinas de la Corona de Aragón que reinaron entre los siglos XIV y XV, Violant de Bar y Maria de Castella. Dos reinas que destacan precisamente por su importante papel político y su fuerte presencia en el gobierno de sus respectivos maridos, Joan I y Alfons el Magnànim, de los que fueron en ambos casos lugartenientes, si bien Maria lo fue de manera más prolongada y significativa. Este peso político no es, sin embargo, como se nos muestra en este estudio, lo único que une las, en muchos aspectos tan diferenciadas, personalidades de ambas reinas. Buscando desvelar la relación que ambas mantuvieron con la cultura, el arte y la arquitectura de su época, las autoras emprenden, por separado y luego conjuntamente, el análisis de sus reinados. Y así, a través del examen de las obras de arte que estas reinas encargaron, poseyeron, favorecieron o promovieron (sean estas manuscritos, esculturas, relicarios, retablos, palacios o, especialmente, monasterios) se perfila el alcance y significado del papel que ambas jugaron en la cultura de su tiempo y el impacto de su actividad en la ciudad de Barcelona y más en general en tierras de la Corona de Aragón.

En primer lugar, se esboza la figura de Violant de Bar. Formada desde niña en el ambiente refinado y culto de la corte de Francia, el amor por la cultura de la reina Violant se refleja claramente en sus intereses e inclinaciones artísticas. Las autoras destacan el rico abanico de sus aficiones literarias: desde una primera etapa en el que sobresalen las obras de temática profana hasta su significativa deriva hacia las obras religiosas y devocionales. De Violant se resalta también su actividad promotora en la capilla del Palau Reial que enriqueció con reliquias e imágenes de

devoción, así como su vinculación con la catedral de Barcelona y su contribución a la ejecución y ornato de la custodia. A través de estas obras de arte se analizan con detalle y precisión tanto los aspectos espirituales y devocionales como los elementos de prestigio reginal que están detrás del mecenazgo.

A continuación se analiza la figura de Maria de Castella y su actividad e implicación en el universo cultural de la época. La aproximación a la personalidad de la reina se lleva a cabo en primer lugar a través de una revisión de los retratos que se han conservado de ella y que la presentan en su doble vertiente política y espiritual. Ambos aspectos confluyen, realizando su función como soberana, pues la intensa religiosidad que caracterizó a Maria, y que marca sus inclinaciones artísticas, no esta exenta, sin embargo, de una profunda connotación de prestigio reginal. Especialmente importante en este caso es el análisis de la biblioteca de la reina que se conoce con bastante detalle a través de los inventarios y registros, en especial el inventario *post mortem* de sus bienes. Los volúmenes que a lo largo de su reinado reunió, encargó, hizo copiar o traducir dibujan el perfil de una reina culta, inclinada especialmente por las obras espirituales, teológicas y devocionales. También en el caso de Maria hay que subrayar el testimonio de una activa promoción ligada a los objetos artísticos, si bien en ella es aun más notable el peso de obras de carácter devocional: relicarios, objetos litúrgicos y retablos. De muchos de ellos conocemos su descripción, emplazamiento y uso pues las informaciones proceden de nuevo del inventario. Como reina y lugarteniente su nombre aparece además asociado a importantes obras constructivas entre las que destacan los hospitales de Lleida y Sant Antoni en Barcelona.

Finalmente, cerrando este pequeño libro, las autoras reúnen a ambas reinas en torno a la promoción de un monasterio. Pues, diversas en personalidad, el ejercicio del poder reginal y la actividad promotora espiritual se tradujo tanto en el caso de la primera como de la segunda en el mecenazgo de la fabrica de una importante comunidad de la Barcelona medieval: la de los jerónimos del monasterio de Sant Jeroni de la Vall d'Hebron. El libro se cierra con un recorrido por las fases de promoción y construcción del monasterio y con el análisis del papel jugado por ambas reinas: Sant Jeroni, según las autoras, fue la principal obra de promoción arquitectónica de Violant de Bar y la intervención más personal de Maria de Castilla.

Estamos pues ante una auténtica lección magistral que recupera con pericia las actuaciones, intereses artísticos, gustos literarios y sentimientos religiosos de dos reinas muy significativas de la Corona de Aragón, mostrándonos el papel determinante de su intervención en el monumental conjunto religioso del monasterio de Sant Jeroni de Barcelona.

BLANCA GARÍ

**FUMAGALLI, Vito, 2015. *Uomini contro la storia*, Bologna: Società Editrice il Mulino.**

È questo uno degli ultimi libri di Vito Fumagalli, come spiega Massimo Montanari, autore della *Prefazione*; *Uomini contro la storia* è ormai un classico, che viene ora ripubblicato a vent'anni esatti dalla sua prima edizione. Il medievista mostra predilezione per i documenti non facilmente codificabili, particolari, *di confine* li definisce Montanari, nei quali cerca uomini anch'essi *di confine*, che sfuggono alle tipizzazioni. I suoi non sono personaggi semplici e sicuri; sono piuttosto uomini che non si adeguano alle norme sociali, come conti che cercano di assomigliare a monaci o contadini che denunciano le prepotenze dei loro signori, *uomini contro la storia* per questo spesso sconfitti. Fumagalli cerca in questo libro il loro riscatto: la sua scelta, spiega Montanari, è quella di dare voce, attraverso l'indagine storiografica, a coloro che sono andati controcorrente e sono stati vinti, concedendo loro una rivincita postuma. Lo stesso Fumagalli, nella *Premessa* datata in Bologna nel 1995, dichiara la predilezione per coloro che, opponendosi, hanno posto limiti alle istituzioni dominanti, mettendo di fronte all'interrogativo se la civiltà, con il passare del tempo, darà loro ragione.

Il primo esempio di *uomo contro la storia* è tratto dalla *Vita Geraldi* scritta da Oddone di Cluny verso la fine del X secolo. Il conte Geraldo è un guerriero, che usa la forza per difendere gli inermi, ma che conosce le Sacre Scritture "meglio di tanti chierici". La sua figura è quella di un "santo laico" che a malincuore si occupa degli obblighi amministrativi derivanti dalla sua posizione sociale. Ma *uomini contro* sono anche quelle figure di vescovi, sacerdoti, abati e monaci descritti dal papa Gregorio I nei suoi *Dialoghi*, uomini che con umiltà cercano di fare fronte alle circostanze che sembrano travolgerli, come nel caso di Probo, vescovo di Rieti, che falcia di persona il grano nei campi, o di Paolino, vescovo di Nola, che ostaggio dei Vandali entra nelle grazie del re per il fatto di saper coltivare l'orto. Anche i *Miracula Sancti Columbani* di un Anonimo del secolo X mostrano uomini in lotta con la storia: si tratta dei religiosi che cercano di salvare i beni del monastero dall'avidità dei potenti e per questo portano in processione da Bobbio a Pavia le ossa dell'abate fondatore, sperando così di incutere loro il timore del santo.

Le vite dei santi, a giudizio di Fumagalli, aprono anche un altro interessante filone di ricerca, quello cioè della presenza nella Storia degli inermi da loro difesi. Per esempio, nella citata *Vita di Geraldo*, il conte appare come benefattore dei poveri in misura superiore a quella della consuetudine e non solo fu grande il loro dolore alla sua morte, ma le folle accudirono da paesi lontani a compiangerlo. Il conte di Aurillac si era anche distinto per liberare i servi: solo una parte era rimasta al suo servizio, mentre i più avevano scelto la libertà. Geraldo dimostrò di non avere paura di superare le convenzioni dell'epoca che volevano gli uni signori e gli altri servi, risultando a pieno titolo, con il suo atto di affrancamento realizzato con discrezione, essere un *uomo contro la storia*.

Fumagalli cerca quindi di andare alle radici del sistema feudale che si basava sul controllo di pochi sui molti e, per quanto riguarda la pianura padana, le trova nella necessità di difesa e protezione generata dalla seconda ondata di invasioni barbariche: l'impreparazione a difendersi della popolazione creò signori il cui potere era proporzionale alla capacità di combattere. I rustici cercarono la loro protezione e divennero debitori di nuove *corvées* e di "angherie", servizi che potevano anche essere a discrezione del signore. Le cronache riferiscono l'uccisione di coloro che si opponevano alle imposizioni eccessive; danno anche notizia delle ribellioni dei rustici che speravano di poter migliorare le proprie condizioni di vita e che erano facile presa della predicazione dei movimenti ereticali sul ritorno alla povertà, predicazione che –afferma Fumagalli– dovette avere un'origine "aristocratica", in quanto si trattava di una condizione difficilmente desiderabile da chi già soffriva una situazione penosa. L'incontro tra la mentalità dei chierici e quella dei rustici ci fu, ma si realizzò in un ambiente sociale rinnovato, con l'esplosione dei movimenti di pace del Duecento promossi grazie alla predicazione dei frati Minori, le cui manifestazioni gioiose vennero tuttavia fortemente osteggiate dai religiosi che volevano una religione di dolore. Nella sua ricostruzione delle origini della società feudale, il volume di Fumagalli, sempre alla sua ricerca di *uomini contro la storia*, non dimentica il ruolo esercitato dai re carolingi nell'opporci a che i piccoli proprietari si convertissero in affittuari coltivatori. Questi re cercarono anche di impedire con le loro leggi che i potenti sovraccaricassero i rustici con obblighi che rendevano difficile la loro partecipazione alle attività civili, o li punissero così duramente da renderli inabili al lavoro. Carlo Magno si servì di messi imperiali per vigilare l'andamento dell'amministrazione e le opere di uno di loro, Teodulfo vescovo di Orléans, permettono di conoscere i cattivi costumi che i messi dovevano osteggiare: conti che arrivavano ubriachi ai processi, che accettavano doni, o che dedicavano poco tempo al loro dovere, oltre a raccontare il doloroso percorso affrontato dalle folle per assistere al processo da lui presieduto. I re, anch'essi *uomini contro*, imposero norme ai loro vassalli affinché esercitassero in modo degno la giustizia e leggi che impedissero lo sfruttamento dei coloni. Non sorprende, quindi, che le folle arrivassero a vederli come l'incarnazione della giustizia, o attribuissero loro poteri taumaturgici.

Nel Duecento lo scenario dei castelli e dei loro signori lasciò posto a un paesaggio caratterizzato dalle ville, simbolo dell'ascesa della borghesia, con i loro giardini. Fumagalli vede qui il sorgere di una nuova condizione di impoverimento dei rustici, che assisterono alla trasformazione della terra da coltivare in grandi giardini che circondavano le ville borghesi. Accanto a grandi spese per abbellirli, ci fu parallelamente una scarsa preoccupazione da parte della borghesia mercantile per la difesa e l'impianto delle colture, e vaste zone coltivate vennero di conseguenza abbandonate. Questo non si verificò in quelle zone dove si mantenne la tradizione dell'economia agricola: qui non solo le campagne non si impoverirono, al contrario, migliorarono molte pratiche agricole e aumentò la resa dei campi. La pianura padana offre un buon esempio di come queste pratiche si mantennero e migliorarono; non a caso il miglior trattatista della coltivazione dei campi nel Duecento fu il bolognese Piero de'Crescenzi. Tuttavia a Fumagalli, come già evidenziato in

precedenza, interessa soprattutto il destino dei vinti, in questo caso di coloro che dovettero abbandonare le terre non più coltivabili: i coloni che lasciarono i poderi divennero pastori o arrivarono nelle città, dove incontrarono ad attenderli un destino non sempre benevolo.

La città si converte nello scenario degli ultimi capitoli del volume di Fumagalli, che si concentra sulle insurrezioni popolari e in particolare sulla rivolta dei Ciompi di Firenze. Viene citato il tumulto, scoppiato a Bologna del 1289, dei Senzabrache, quei lavoratori che non portavano le calze per essere meno impacciati nell'eseguire i loro lavori, che misero in salvo il podestà in pericolo di morte per aver protetto il popolo minuto. Il tumulto mostra il malessere degli artigiani minori, che vivevano in difficili condizioni economiche e di lavoro che furono anche la causa dei disordini scoppiati a Firenze circa un secolo più tardi.

I Ciompi, così chiamati dai ceti più abbienti in segno di disprezzo, erano quei piccoli artigiani che pettinavano e preparavano la lana per la filatura e, per estensione, tutti i salariati; nell'estate del 1378, vedendo negate le loro rivendicazioni, si ribellarono e misero a ferro e a fuoco Firenze, riuscendo a impadronirsi del governo della città. Crearono quindi nuove Arti, tra cui quella dei Ciompi chiamata "Arte del popolo di Dio", tuttavia l'accordo fra le altre Arti decretò la sua violenta eliminazione, a cui seguì anche la dissoluzione del nuovo governo. Le Arti Minori, ben più numerose delle Maggiori, persero allora definitivamente il controllo delle attività economiche cittadine.

Nell'*Epilogo* Fumagalli segnala che, se nell'alto Medioevo le opposizioni alle istituzioni furono soprattutto individuali o di piccoli gruppi, nel basso Medioevo si caratterizzarono per essere operate da "vere e proprie folle di persone". La rivolta dei Ciompi fu in particolare un atto di ribellione dettato sì dal disagio economico e sociale, ma che nacque dalla negazione di semplici richieste di migliorare la propria condizione; fu represso, ma la mancata soluzione dei problemi che lo generarono fu all'origine, poco tempo dopo, di altri tentativi di sommossa, che a loro volta aprirono la strada all'affermazione della signoria medicea quale garanzia dell'ordine civile.

Ed è proprio su questo che il volume di Vito Fumagalli *Uomini contro la storia* può far riflettere, sulla necessità di prestare ascolto alle esigenze dei più umili e alle voci che si oppongono, per dare loro un riscatto e una giustizia spesso negati e per evitare che la violenza che possono generare porti a una restrizione delle libertà raggiunte. Un libro sul Medioevo, le cui storie, in definitiva, non possono che essere vissute dal lettore moderno con straordinaria attualità.

MARIA CRISTINA PASCERINI

**SANCHO I PLANAS, Marta, 2015. *Des de l'arqueologia, reviure l'edat mitjana. Reconstructing the Middle Ages through Archaeology*, Lliçons/Lessons, 7, Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.**

Des del 2009, l'IRCVM celebra periòdicament les seves Jornades de Cultures Medievales, centrades sovint en una lliçó magistral impartida per un investigador medievalista. Aquestes lliçons tenen com a objectiu donar una visió general d'un aspecte concret del nostre passat medieval i va dirigit a un públic no necessàriament especialista en la matèria. Prenent com a punt de partida aquestes dissertacions, sorgeix la col·lecció *Lliçons/Lessons* (en edició bilingüe, en la llengua pròpia de l'autor i en anglès). És en aquest context que pren sentit, sota un suggerent i intencionat títol, el llibre *Des de l'arqueologia, reviure l'edat mitjana*. La seva autora, Marta Sancho, té una llarga trajectòria com a docent universitària i arqueòloga, una experiència que es mostra en la capacitat de condensar en poques pàgines el que és l'arqueologia medieval.

El text es divideix en dos grans blocs: un primer en què es fa un repàs succint de la història de l'arqueologia medieval europea i peninsular i una segona part en què s'analitza el mètode arqueològic en l'àmbit específicament medieval. El primer bloc recorre la història d'aquesta disciplina des de finals del segle XVIII i inicis del XIX, amb els primers exemples d'una arqueologia més vinculada a la restauració, el col·leccionisme i l'antiquariat que no pas al mètode que coneixem i apliquem avui en dia. Es repassen els investigadors i jaciments més destacats del conjunt d'Europa per després concentrar la mirada en Espanya i Catalunya, on es destaquen escoles com la de Manel Riu, de la qual l'autora va ser deixeble.

Amb l'apartat *Com s'ha d'entendre l'arqueologia medieval i quines són les seves aportacions* s'inicia el segon bloc del llibre. Després de comentar un extracte d'un article de Lucien Febvre, que malgrat tenir més de seixanta anys es manté totalment d'actualitat, s'introdueix el lector en el mètode estratigràfic, proposat per Harris als anys 70. L'autora fa aquí una reivindicació que haurien de tenir en compte tots els arqueòlegs, malgrat que en moltes ocasions s'obviï: el mètode és important, però no ha de ser l'objectiu final de la recerca sinó que cal anar més enllà per tal de construir coneixement històric. És aquesta, certament, una de les tesis que servirà d'eix del llibre. A partir d'aquí, l'autora obre el camp de visió a la tasca investigadora de l'arqueòleg. A partir d'un objecte aparentment insignificant com un tros de ceràmica, mostra totes les possibilitats d'interpretació que aquest proporciona i les preguntes cal fer-se entorn seu: com es va produir, qui ho va fer, amb quins recursos, etc. Són els "qui?", "què?", "com?", "quan?", "per què?" i "quant?" que resulten tant fonamentals per a construir coneixement en arqueologia –i, de fet, en història i en tants altres camps.

Fent un recorregut per les evidències arqueològiques de menor a major (artefactes, indicadors biòtics, estructures, jaciments, entorn), Marta Sancho s'aproxima també a elements menys



coneguts pel públic general com les restes macroscòpiques i microscòpiques. El seu anàlisi fa anys que es du a terme, però encara avui no es tenen en compte en molts jaciments, en part pel seu elevat cost i en part pels coneixements especialitzats que requereixen. Per aquest motiu, Sancho fa patent la necessitat de rodejar-se d'un equip d'especialistes que permeti, en última instància, obtenir un coneixement global del jaciment.

Per cloure, els darrers dos apartats es centren en les fonts d'informació complementàries a les dades procedents dels jaciments (l'etnoarqueologia aplicada al món medieval, la iconografia i els textos escrits) i posen en evidència la necessitat de fer difusió dels resultats obtinguts, una altra qüestió, de nou, sovint oblidada per molts investigadors.

Al llarg del llibre, l'autora deixa clara la seva intenció: demostrar que l'arqueologia és una eina fonamental per a investigar el nostre passat medieval. Tal com exposa, la seva tesi va en contra d'una opinió general que fins fa relativament poc deixava al marge l'arqueologia com a recurs per a la interpretació d'aquest període. I per convèncer el lector ho fa parlant des de l'experiència. Una experiència que s'ha forjat tant en la tasca docent a les aules com en el treball de camp, en nombrosos jaciments i àrees del territori català, primer com a deixeble, després com a directora i mestra.

Malauradament, el format de la col·lecció, de petites dimensions –tot i que cal agrair l'acurada edició que presenta, fet no sempre habitual en les publicacions científiques–, deixa poc espai a les explicacions. Per aquest motiu, es concentra una gran quantitat d'informació en poques pàgines, especialment al primer bloc, on potser més d'un lector trobarà a faltar més explicacions sobre investigadors i jaciments pioners de l'arqueologia medieval. Tot i això, és d'agrair la capacitat de síntesi de l'autora i l'ús d'un llenguatge planer alhora que rigorós, dirigit no només a un lector especialitzat sinó també a un públic general.

Per acabar, cal destacar com, al llarg de tot el text, es traspuia el gust i el plaer per la recerca duta a terme. Marta Sancho es troba còmoda en el que explica, especialment en la segona part de la lliçó, en la qual mostra una estreta relació amb allò que fa: l'arqueologia, com diu, és una forma de vida, més que en qualsevol altra disciplina. I són aquesta passió i aquest coneixement profund de la matèria que li permeten demostrar que l'arqueologia és una eina, més enllà de vàlida, indispensable per escriure i reviure l'edat mitjana.

CARME MUNTANER I ALSINA